

La venda antes de la herida.

El relato anticipatorio del caos y la preparación del autoritarismo.

1. CONTROL, KAOS y la venda antes de la herida.

En la serie "Superagente 86", muy popular en la mitad de los 60, había dos organizaciones: CONTROL, que representaba el orden, y KAOS, que encarnaba el desorden. El agente 86, Maxwell Smart, trabajaba para CONTROL, pero sin KAOS, CONTROL no tendría razón de ser. Sin un enemigo caótico, el presupuesto de la agencia no se justificaría. La serie era una parodia, pero su lógica era perfecta: "el orden necesita al caos para legitimarse".

Esa lógica es hoy una descripción precisa de cómo funciona el poder. El sistema sabe que el declive de Occidente es imparable, que la automatización, la inteligencia artificial, la crisis climática y la desigualdad extrema van a generar una marea de rabia social difícil de contener. Y no está esperando a que esa marea llegue para reaccionar, sino que está construyendo el relato y las herramientas para hacerle frente. Está poniendo la venda antes de que la herida sangre. Está fabricando su propio KAOS.

La tesis de este ensayo es que el autoritarismo que se está gestando en Europa no responde a una crisis existente, sino a una crisis anticipada. Las élites no están reaccionando a los disturbios, se están preparando para ellos. Y la clave de esa preparación es un relato para el que necesita construir un enemigo interno (el manifestante, el radical y el violento) y amplificar el miedo al caos para que la población acepte o incluso demande el endurecimiento de las leyes y la limitación de los derechos.

2. La certeza del descontento.

Las élites occidentales ya no especulan sobre el futuro. Lo conocen. Los informes de la OCDE, del Foro Económico Mundial y de los servicios de

inteligencia coinciden en que durante la próxima década la inestabilidad social será la tónica. La destrucción de empleo por la automatización y la IA no es una hipótesis, es una proyección estadística. La crisis climática no es una amenaza futura, es una realidad presente que multiplica los conflictos por los recursos.

El declive de Occidente es una erosión lenta y sostenida que está en marcha. Las condiciones de vida se están volviendo insoportables para una parte creciente de la población y las élites lo saben. Saben que el descontento va a estallar y, en lugar de abordar las causas estructurales que lo provocan (la desigualdad, la precariedad o la falta de vivienda), están preparando el marco para contener las consecuencias. No quieren curar la enfermedad, porque ello pondría en riesgo sus privilegios, quieren gestionar los síntomas.

3. El relato anticipatorio.

Para que la venda sea aceptada, hay que convencer a la población de que la herida es inevitable. Y para eso está el relato. Antes de que la protesta estalle, el sistema está construyendo la narrativa que la convertirá en una amenaza existencial. No espera a los hechos, los anticipa, los define y los encuadra.

Ese relato tiene tres elementos:

Primero, **la construcción del enemigo interno**: el manifestante deja de ser un ciudadano que ejerce su derecho para convertirse en un radical, un violento o un delincuente en potencia.

Segundo, **la amplificación del miedo**: los medios y las redes sociales se llenan de imágenes de caos, de saqueos y de enfrentamientos, hasta que la percepción de inseguridad supera con creces la realidad de los hechos.

Tercero, **la legitimación de la respuesta**: si el caos es una amenaza existencial, cualquier medida de control está justificada. La represión se presenta como protección.

El mensaje que se envía a la población es claro: "No os rebeléis, porque ya estamos preparados". Es una forma de disuasión anticipatoria. No se trata solo de reprimir la protesta cuando ocurra, sino de desmovilizarla antes de que suceda, sembrando el miedo y la desconfianza.

4. La criminalización preventiva.

La consecuencia lógica de este relato es la criminalización preventiva. Las leyes de seguridad que se están aprobando en Europa no responden a un estallido concreto, sino a la previsión de un estallido futuro. Son medidas que amplían las facultades de la policía, reducen las garantías procesales y tipifican como delito conductas que antes eran legítimas.

No hace falta que haya delitos. Basta con que haya sospechosos. Las leyes amplían la capacidad de detener, registrar, identificar y vigilar. Y la presunción de inocencia se debilita en favor de la presunción de peligrosidad. Si sé que cualquier protesta puede ser criminalizada, me lo pienso dos veces antes de salir a la calle. Si sé que la policía puede detenerme por resistencia pasiva, me quedo en casa. La venda antes de la herida no solo prepara la represión, también la evita porque desactiva la protesta antes de que se produzca.

5. La complicidad de los medios y la obediencia voluntaria.

Los medios de comunicación no son neutrales. Su papel es fundamental para construir el relato que legitima la respuesta anticipatoria. A través de la selección de noticias y de la repetición de imágenes de violencia, amplifican el miedo y desmovilizan a la población. Un solo incidente repetido se convierte en la prueba de que el caos es generalizado.

Y cuando el miedo se instala, la obediencia se vuelve voluntaria. El miedo es más eficaz que la fuerza. Nos hace dóciles, nos hace aceptar la vigilancia a cambio de seguridad y nos hace renunciar a derechos que creíamos conquistados. El miedo a la violencia callejera se convierte así en la justificación perfecta para aceptar la pérdida de derechos. La población, atemorizada por un caos que se presenta como inevitable, termina demandando el orden que la oprime.

6. La vida sin el relato del miedo.

La venda antes de la herida no es una conspiración, es una lógica. No hace falta que nadie planifique los disturbios para que el resultado sea el mismo. La excepción se convierte en norma y los derechos se erosionan. La cuestión no es si hay un plan oculto, que probablemente existe, sino si estamos dispuestos a aceptar que la seguridad se convierta en la coartada permanente para recortar libertades.

La respuesta exige recuperar la política como espacio de deliberación y de conflicto regulado, no de represión. Exige que los medios informen con contexto, no solo con imágenes de violencia. Y exige, sobre todo, no dejarse llevar por el miedo. Porque el miedo es el combustible del relato anticipatorio y la única forma de desactivarlo es recuperar la confianza en que otra Europa es posible, una que no responda a la crisis con más policía, sino con más democracia, justicia social y derechos.

La venda antes de la herida es una forma de cobardía. Y la cobardía, en política, siempre acaba costando la libertad.